

Canibalismos

CATÁLOGO DE APERITIVOS LITERARIOS

XXIX



Rauchen
ist tödlich.
Fumer tue.
Il fumo uccide.



© ALICIA MARTÍN. «*CONTEMPORÁNEOS*»,
INSTALACIÓN [FRAGMENTO]
2000

CUIDADOS PALIATIVOS

Hay un hombre en estas palmas de cal
sentado o acostado
en su anhelo de relámpago.

Juega el hombre entre las grietas
nadie habla de sus maniobras torpes
el viejo se propone saltar desde la ventana
de un segundo piso / en otro país / el medio de un istmo que no es
el suyo
hay lucidez en besar un laberinto de rodillas
más abajo.

Diminuta voz se retira en un
déjenme morir
déjenme atravesarme la cabeza con un balazo
y qué tienes, papá, dime, qué tienes

Pero salta.

ANDREA SOFÍA CRESPO MADRID
(VENEZUELA, 1995).
LECTORA Y POETA.



EL TEXTO SONÁMBULO

Alejandra reside en las ventanas
y siluetas de textos anteriores
(espía de las horas y segmentos)
en horizontes de persiana
y orificios de niebla (donde vemos bailar
lagartos de aluminio sobre la sien de un tímpano
inestable) diseña campos
de gladiolos silvestres clickea sus esporas
y así los multiplica
alejandra tú que naciste por un sorbo
de cuchara tú que preguntas por hexágonos
de miel intravenosa
que viste a los viandantes más usuales
de mi universo como nudos
de sombra como pardas hormigas hacia abismos
de tierra
inventa los confines
de tu esfera salvaje
roba mi pulso y surca esta caja de ruidos
para emerger del labio
de amatista y salitre
para que solo un lápiz de silencio
nos acompañe a transcribir
la dimensión cobarde de la página.

PABLO VELASCO BALERIOLA

(Cartagena, 1995).

Poeta y filólogo por la Universidad de Salamanca

Arrojando cada vértice del mutismo,
asoma cuidadosa por la madriguera de la noche
y del día
Arrasa lentamente
Acaba encontrando el vórtice del puente en su paseo
cotidiano
Añora por un instante el filo y resuelve
en la inmediatez del destello luego
apagar el oleaje en un pestañeo.
Aborta hasta el blanco de mis ojos
en sus ataques eléctricos de eufemismo.
Alocada en las mandíbulas
puede evitar hasta a la mano más sabia
Apoya su rayo
en las comisuras de mis labios
ahyentonces luego
agita la espera y yo
arrugo la nariz:
a veces no sé
ahora tampoco.



ALEJANDRA MARQUERIE
(Madrid, España)

Estudiante de Literatura General y comparada en la Universidad Complutense de Madrid

FELICIDAD

Entonces veo que te enciendes un cigarrillo,
tu madre no te mira,
quieres a tu madre
y fumas lentamente,
peligro que interpretas
aunque es tonto
ya que ambos sabemos
que, en las fotografías
de todas nuestras vidas,
siempre hubo una
en la que sosteníamos,
alegre mirada, un cigarrillo,
no importándonos morir.



Cuando te alejes de los árboles con los que ando
esa mancha que anida al horizonte de mi boca
y la plaga al otro lado siga tan estrecha

solo se verá un Cristo de tierra.

La soledad seguirá existiendo
en su esqueleto de náusea
así como un nombre en la vitrina
que deja escapar la infancia cuando mamá no tiene dinero.

Estará habitada por una cortina ciega
en la que envolver la noche,
nunca se es tan largo como para contar los días.

Y antes de que comience a despertar la fe
voy a hacerle un funeral al sol
azul de caos planchado bajo la esquina.

Cuando comiences a descifrar
por qué lo obtuso sigue sonando tan chico,

la puerta estará abierta
y la cima que preña al mundo

seguirá esperando ese andar extraño.



SERGIO MERE AMES

Estudiante de Literatura General y Comparada en la Universidad
Complutense de Madrid

UN REGISTRO

Abril 4 – Entrada 9

J. en proceso de instalar el dispositivo. Aprovechamos que el sujeto (Mujer, 23 años, [nombre editado]) se ha ido del apartamento a su trabajo. Cliente fue específico, accidente, envenenamiento por carbono. Después de varios días de estudio anterior de comportamiento del sujeto, determinado que usar el horno en cocina como catalizador atraería atención, sujeto tiene fama de ser extremadamente cuidadosa, rigurosa con su horario y todo lo demás. Esto último facilita observación. La gente estructurada cree que son como los palacios y se les olvida que solo hace falta una grieta en un pilar.

El dispositivo es pequeño, desde punto de observación puedo ver que J. no tiene problemas para esconderlo en ventilación. Problema es tiempo, las descargas son pocas y extendidas por un período largo. La solución fue aplicada por un momento extraño de brillantez de J. Utilización del dispositivo, rápida manipulación del horno que hará parecer el envenenamiento un proceso natural que incluso alguien como el sujeto no pudo predecir.

Vamos a pasar varios días viendo al sujeto empeorar, eventualmente morir.

Reitero para el sindicato considerar mala idea este sistema de registro de los trabajos.

Abril 6 – Entrada 13

Sobre solicitud de cambio de compañero para trabajo en proceso negada: claramente indignado, pero lo suficientemente profesional como para no hacer de este registro un diario de quejas. Solicitud, contrario a lo que ha debido pensar el

sindicato, cementada en razones lógicas y profesionales.

J. tiene la mala tendencia de llegar tarde a sesiones de observación; cuando lo hace, si no está resacado está notablemente ebrio. Lenguaje poco profesional en el mejor de los casos, quejas casi infinitas acerca de carreras de caballo y peleas de boxeo. Pone música a todo volumen, en especial discos de Sweet. Esto último no una queja presentada, disfruto bastante Sweet. Favorita personal: Alexander Graham Bell. La higiene personal de J. deja mucho que desear.

Estado del sujeto notablemente en decadencia, tose más seguido, empieza a empalidecer. J. calcula que en tres cuatro días estamos listos.

Abril 9 – Entrada 21

Tuve que lidiar con una emergencia hoy, de alto calibre, posiblemente catastrófica, sin la asistencia de J. Obviamente, probablemente desmayado en la trastienda de algún bar.

Sujeto llegó temprano en la mañana con un perico en una jaula, aparente regalo o manera de sobrellevar soledad dejada por fin de relaciones con cliente. Problema enorme. La cantidad que el dispositivo ha estado emanando ha sido acelerada últimamente, “Para terminar de salir de esta mierda” fue justificación de J., contra la cual no debatí. Cálculos rápidos me dejaron saber que la cantidad de veneno mataría al ave para el final de la tarde, levantando sospecha.

Sin opciones, decisión por tomar acción personal. Abandono de puesto de observación en lo que sujeto deja el apartamento. Fácil entrada. Operaciones manuales y directas no usualmente mi especialidad, nerviosismos y ansiedad naturales. Tomé el ave, no se me hizo particularmente claro qué hacer cuando tuve la criaturita entre mis manos. Corazón casi explota al escuchar golpes violentos en la puerta. Voz del cliente, claramente ebrio en descorazonamiento y whisky. Acción rápida, removí mis ropas y contesté la puerta fingiendo ser un amante

casual que se quedó la noche.

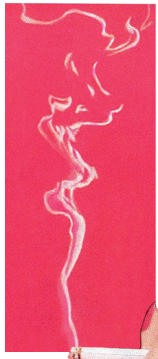
Ciente se fue cabeza baja, lloriqueando. Recomendación extenuante para el sindicato de hacer estudios psicológicos de potenciales clientes más exhaustivos. Decisión de llevarme el ave a punto de observación, dejar jaula abierta.

Sujeto visiblemente empeorada, esa mañana se dio cuenta de que se le cayó un mechón de pelo. No hay alarma, su doctor de toda la vida fue extorsionado para decirle que son síntomas naturales del estrés.

Todos los pilares y sus grietas.

Abril 10 - Entrada 22

Rectificación: el ave no era un perico, era un loro agaporni. Es adorable y he decidido quedármelo. Se llamará Graham por razones obvias. Para mi sorpresa, a J. le agrada.



Sujeto acaba de colapsarse (en la cocina, para nuestra buena fortuna). J. esperará diez minutos antes de entrar de nuevo, retirar dispositivo y alterar horno.

Rauchen
ist tödlich.
Fumer tue.
Il fumo uccide.

Reiteración de petición al sindicato de no hacerme trabajar con él más nunca.



ADRIÁN SANDOVAL
Estudiante de Letras (UBA)



Sin socorro
sin aliento.

Cúmulos cableados
de rosa serpenteante
lanzan hacia el cielo
astas
a temperaturas infernales.

El sudado páramo
que yace aquí,
entre la cálida niebla que lo entumece,
pide,
ante la indolente mirada
del cemento,
que le traiga el viento
la canción de su madre.

Eran las diez de la tarde.

JUAN LÓPEZ PLAZA
(Madrid, España)
Estudiante de Literatura General y Comparada en
la Universidad Complutense de Madrid

CUCÚS

No cualquiera se vuelve loco, esas cosas hay que merecerlas. Jacobo leyó aquella frase. La volvió a leer. No cualquiera se vuelve loco, esas cosas hay que merecerlas, repetía su mente una y otra vez. Entonces supo que esa frase nunca dejaría su mente; tenía frente a sí una de esas melodías literarias que una vez vistas, leídas, escrutadas, no se olvidan jamás, se niegan a partir de la mente como un adicto se opone a abandonar la droga. Él lo presintió. Dejó el libro abierto sobre la cama con un pánico naciente en la boca del estómago que le cerraba la garganta y le hacía rascar la nuca. Miró su alrededor. A primer vistazo, una ventana dando al cielo atardeciente, el sol refulgía sus últimos rayos entre árboles y colinas. En el centro de la habitación estaba una cama doble, sin tender, en la que Jacobo permanecía sentado. El picor de la nuca le volvió, pero esta vez con más afán, más desespero. Dirigió su mirada al piso. Allí yacían libros, algunas hojas arrugadas y dos o tres platos de comida de hace varios días; encima, caminaban pequeñas hormigas que se alimentaban de las migajas de pan, y se las llevaban debajo de la cama, donde compartían el estrecho hábitat con los monstruos de la infancia de Jacobo, algunas ideas y sentimientos olvidados.

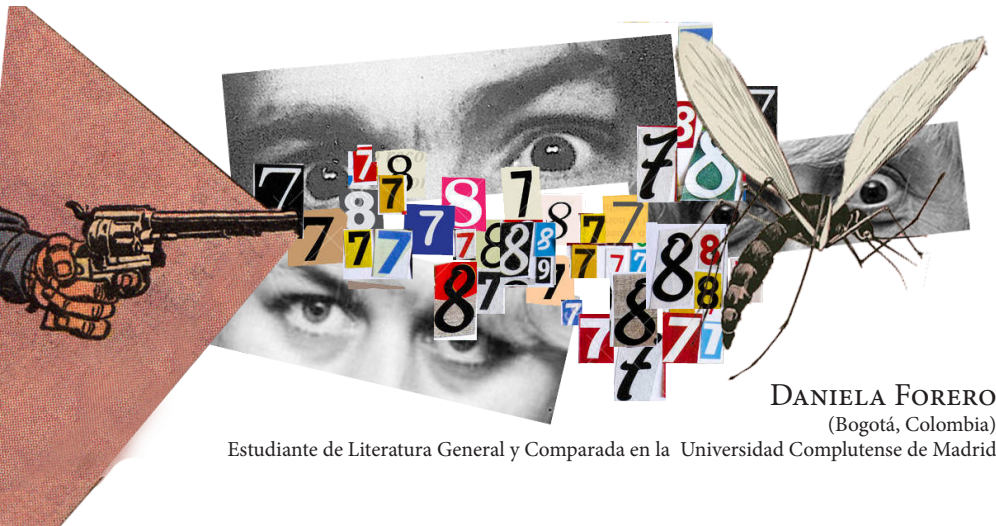
Se levantó de la cama y cerró la puerta del cuarto, tratando de encerrar aquella cosa contra la que temía enfrentarse. Sabía que luego la tendría que afrontar. Sacudió la cabeza, como si el pensamiento pudiera salir volando por el canal auditivo. Se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso de leche. Cuando era pequeño y sentía miedo, su madre lo calmaba de esa manera. Quería ocupar su mente en otra cosa. “¿Jacobó?”. Una voz dulce y familiar lo llamó desde el otro lado del apartamento. “Hola, ma.” “¿Qué hacías? Llevas ahí metido todo el día.” No, no, no, decía su mente, no otra vez, se repetía a sí mismo mientras cerraba los ojos con fuerza para forzarse a pensar en otra cosa. “¿Estás bien?”, le dijo Susana. “Sí, sí, estoy bien, ¿qué haces tú?”, le preguntó, ansioso. “Están pasando una película italiana, buenísima. Ven y te sientas un rato”. Su

madre lo invitó a sentarse a su lado en el sofá, señalando el cojín con su mano derecha. Jacobo asintió, y le plantó un beso en la mejilla. Algunos subtítulos no aparecían a tiempo, por lo que se cansó de leerlos y solo veía a los personajes moviendo sus bocas, fumando cigarrillos, comiendo. Un mosquito que le zumbó demasiado cerca al oído lo distrajo un poco. Lo despertó del medio ensueño en el que estaba, y de repente se dio cuenta del calor que hacía. Volteó a ver a su madre y tenía gotitas de sudor en las sienes. En el film sonó una canción que le llamó mucho la atención a Jacobo y le hizo volver su cabeza hacia la pantalla. Bang bang io sparo a te, bang bang tu spari a me, bang bang... y unos segundos después de la magnífica voz, la cámara se acercó al protagonista. Los subtítulos reaparecieron, y Jacobo leyó con cautela. ¿Será la locura una solución para nuestra existencia? El actor parecía mirarlo con ojos brillantes, encandiladores, solamente fijados en él, como si toda la producción de la película se hubiera hecho para Jacobo, para ese momento, para revelarle la verdad más universal de todas, para hacerlo pensar, y enfrentarse a lo que había empujado al fondo de su mente cuando leyó esa oración del libro. El muchacho no podía parar de mirar la pantalla. Se le paralizaron los músculos, pero no sabía muy bien el porqué: si por la angustia, el calor o la música.

Susana se abanicaba con la mano distraídamente hasta que se percató del mosquito que merodeaba la sala. Lo buscó con la mirada, ágil, e intentó aplastarlo entre las dos manos. No pudo a la primera. Tardó unos segundos en ubicarlo y ¡SLAP! Logró matar al mosquito.

Jacobo se sobresaltó por el estruendo. No se había dado cuenta del ensimismamiento en el que se encontraba. Su madre no le dijo nada, solamente se limpió en el brazo de la silla el mosco aplastado. Él empezó a escuchar todo como si estuviera debajo del agua. Se paró del sofá y se dirigió a la cocina de nuevo, abrió la nevera automáticamente, buscando la leche en estado de shock y se bebió toda la botella. No se dio cuenta cuando la soltó. Anduvo hasta que se topó con la puerta de su cuarto. Su oído se aguzó y alcanzó a escuchar un suave ronroneo, un zumbido que venía del interior. Abrió la puerta y

la tiró, cerrándola. Debajo de sus pies sentía los libros, el conocimiento presionando sus plantas. Buscaba el bramido. Lo escuchaba cerca, cerquita, casi podía tocarlo, pero no lograba localizarlo. Echó un vistazo rápido al libro abierto en la página 78 ¿u 87? Tal vez era la 877 o la 787, pero Jacobo no podía discernir, porque sus otros sentidos fueron opacados por el sonido. El ruido pasó de ser inofensivo a ensordecedor, nublando todo a su alrededor. “Indaga”, escuchó en un apacible tono de voz que no sabía de dónde procedía. Se rascó la nuca con exasperación, se hundió los dedos índices en las sienes, tratando de apaciguar el dolor de cabeza que sentía. Le dolía tanto que solo deseaba arrancársela. Eso era. La cabeza. El ruido provenía de adentro, de su cabeza. Intentó calmarse, pero era demasiado: el ronroneo, el dolor, la confusión. Todo se le mezcló, bang bang, no cualquiera se vuelve loco, io sparo a te, ¿es acaso la locura...? bang bang, tu spari a me, ¿una solución? Esas cosas hay que merecerlas. Empezó a comprenderlo, todo, poco a poco, y las ideas empezaron a asentarse, los pensamientos se calmaron, el mundo se volvió un poco más claro, y entonces entendió. Jacobo tenía el fruto prohibido del paraíso, el absoluto conocimiento, el poder, todas las respuestas a las preguntas que las personas tuvieron, tienen y tendrán; pero no solo él, las poseen todos los locos, los chifladitos, los lunáticos, que desparraman las respuestas por doquier y asustan a las personas, o las hacen reír porque creen que están cucús, ¿y quién va a tomar en serio a un loco? Entonces Jacobo se sintió solo, demasiado solo, pero sonrió.



DANIELA FORERO
(Bogotá, Colombia)

Estudiante de Literatura General y Comparada en la Universidad Complutense de Madrid

REMOLINO

Colapsaron las experiencias
en algún secreto del cosmos,
congregación de esferas
en torno de las que orbita vana
la pelusa.

Cuando barro memorias
arrastró basura.
Es lo que digo.
Uno no sabe lo que recuerda.

Con flotación de perenne fruta
decaí, cada vez
ante ti que te atreves
a un pulsar de noche queda,
ambigua,
transferencia solícita de aliento
que zarpa de un ademán
y se agota en lo atroz.

Desaparecí
confeccionando un personaje más real
más presente que yo
menos honesto
más liviano.

Y de esa montaña de ondas te vi descender
rasgando lo deshabitado.

Nadie sabe lo que recuerda.



MARGINALIA

Meses antes de que Jacinto Oteiza muriera, fuimos al monte a celebrar su cumpleaños. Por las mañanas de Febrero, el Baztán se cubre con un manto de niebla espesa como un mar de nubes entre montañas. Tomamos un cortado en su casa de Elizondo y mochila al hombro nos abrimos paso por la pista forestal hasta que las luces del pueblo se convirtieron en brasas amarillas en la distancia, dejando atrás las huellas en el barro de la última nevada.

A Jacinto lo conocí en la biblioteca de Bellas Artes de Leioa mientras terminaba de escribir la tesis allá en el 2000. El viejo me pidió un cigarro y estuvimos hablando de escultura y de la universidad, de su carrera profesoral y sus proyectos, antes de pedirme el favor de llevarlo a casa. Volvería a Caracas en mes y medio, justo cuando empezaba a conocer gente que, en teoría, no vería más. En su casa bebimos un poco y me comentó del proyecto en el que había ocupado sus últimos veinte años: una traducción al euskera de la obra completa de Víctor Hugo.

A Jacinto no lo vi más y no hablamos mucho a excepción de un par de cartas, pero siempre tuve en mente su ambicioso proyecto, su voz ronca y el encuentro fortuito que nos amistó.

Quince años más tarde me di cuenta de que estaba equivocado y que el retorno era inminente; Caracas era un hervidero de conflictos, mi madre había vuelto a Italia y Jacinto, de los pocos amigos que conservaba de mi época universitaria, tenía cáncer de páncreas. Cogí el primer vuelo a Madrid y luego un bus a Pamplona donde me esperaba un sofá en casa de Gorka y Elena, mis antiguos compañeros de piso en Bilbao.

Por primera vez en quince años, no soñé. Recogí a Jacinto en medio de la madrugada y cogí la autopista rumbo a

Elgorriaga. Las luces del coche rompían la niebla nocturna en medio del rumor de la llovizna del norte.

Conversamos poco sobre nuestras vivencias; las aves y los grillos decían todo lo que había que decir. Nunca había estado tan cerca de alguien al borde de la muerte, y Jacinto tampoco parecía saber lidiar con su inevitable condición. ¿Hubiese llamado yo a un lejano amigo en vez de a mi familia en mis últimos momentos?

Desde lo alto del monte Elizondo parecía un cúmulo de luces entre espuma de un mar extraño. Jacinto cogió una pala y se dispuso a cavar.

—¿Alguna vez te conté de mis traducciones, chaval?

—Fue de lo único que hablamos, Jacinto— contesté sin saber a qué me llevaría.

—Trabajé casi toda mi vida en llevar a Víctor Hugo al vascuence. Noches sin dormir, viajes a París y a Marsella, miles de euros en material y becas.

—Me imagino.

—Hace seis meses me diagnosticaron cáncer, kontxo, pensé que sería lo último, que me iría con todas las luces. Pero hace seis meses también descubrí que un gabacho había hecho lo mismo que yo. Abrir la mochila, anda.

Dentro había una ingente cantidad de folios, algunos con la letra de Jacinto, otros amarillentos y roídos, escritos en cursiva y firmados por Alain d'Etchepare. Eran idénticos, palabra a palabra.

—Jacinto, ¿Cómo es esto posible?

Tomó un respiro y dejó de cavar. Acto seguido empezó a llorar.

—Casi cuarenta años de trabajo, una vida entera. Una puta vida entera haciendo el trabajo de otro. Todas las comas y todos los puntos iguales, hasta el último detalle. No puedo morirme sabiendo que lo que hice no sirvió para nada.

Cogí los manuscritos amarillos y los tiré en la fosa sin pensarlo. Enterramos la obra de d'Etchepare junto a un joven roble baztanés, en la misma tierra que en meses cubriría la humanidad de Jacinto. Al mediodía la niebla se había disipado y Elizondo volvía a ser el mismo pueblecico cansado y polvoriento donde la nieve se vuelve barro y cubre los puentes y carreteras. Nos subimos al coche a la tarde después de un café y volvimos a Pamplona por el camino largo.

—Chaval, cuando me muera serás el único que sepa lo que acabamos de hacer. Prométeme que no le dirás a nadie.

—Te lo prometo, Jacinto.

Al poco tiempo, recibí un correo de la universidad anunciando la muerte de Jacinto y convocando a la próxima presentación de sus traducciones. Nunca supe si la obra de Alain sería descubierta, o si la traducción original sería la de d'Etchepare y la de Jacinto una copia casual. No sabía si d'Etchepare había sido el primero o si era un Jacinto más. Pero sabía que fui parte del sueño de un hombre. Un sueño que también fue de otro pero solo él sacó a la luz.

Si las letras viajaron intactas a través de un siglo ¿Quién soy yo para romper la esperanza de un hombre a las puertas de la muerte?

NANA

Los días se deducen míos
En almohada de ajena cara
Araña que araña que araña
Royendo tendón y entraña.

Me alimento de todo y nada
Hierro yeso hiel y nada.
Madre ¿no oyes mis gritos?
La hiena ha sido desangrada.

Los días se seducen fríos
Y de la carne nacen ramas
Araña que araña que araña
Royendo tendón y entraña.

Atiborrado de sangre mala
Soy recluso en mi propia cama
Extranjero sin bandera o ama
Vomito párpados y bebo lava.

Los días se suceden críos
Y niegan a gritos la carcajada
Araña que araña que araña
Royendo tendón y entraña.

Hambrienta Fortuna ¡y tan puta!
Ni malabares ni apoyos
Porta dentro llenos hoyos
de dulces sueños de cicuta.

Araña que araña que araña
Royendo tendón y entraña.





o deja de ser valiosa esa imagen odiseica que nos mantiene embarcados hacia un rumbo sentido, orientados por una brújula interior hacia el hogar. Canibalismos, viaje mantenido en popa gracias al fervor de Jean Luc y mis modestas ideas y meditaciones, sigue abriéndose paso en la marea literaria que convulsiona en rededor de todos nosotros.

Debo decir: formamos parte de una y varias generaciones a las que muchas semillas de sueños les fueron confiscadas, y con más responsabilidad aún, robadas. Ya a nadie interesa crear en tiempos de muerte. Obstaculizados unos por tanta distancia, otros como yo, por demasiada cercanía, nos vamos complicando en los ritmos de la vida y sus adioses nos intervienen. El territorio se hace cómplice de la gravedad mientras nos hala hacia su desgracia.

Digo todo esto porque pareciera como si el arte y su cultivo nos hubiera sido arrebatado en hermandad por una sustitución atomizada de afectos, y todas esas amistades, preñadas de luces para la oscuridad futura, estiradas hacia horarios imposibles, fueron forzadas a sobrevivir en una mezquindad perdida en cotidianidades. El arte del compañerismo no nos hizo un ismo sino una familia rara, a pesar de ser tantos de nosotros antipáticos individualistas.

Canibalismos ya hoy es parte de un influjo de tono retador sin nombre, entregado a una ola de destellos que laten ahora desde distintas latitudes. Nos hacemos señas desde todos lados: Caracas, Lima, Salamanca, Madrid, Buenos Aires, el D.F, Pamplona, Nueva York. Redimensionados, nos hemos vuelto una amalgama de clamores expresivos que madura o enferma pero mantiene un pulsar.

Es, de nuevo, una energía avasallante que pervive en Gehrenbeck la que combustiona en la estética que abraza nuestras distintas voces. En sus páginas amigas hacemos las veces de un encuentro más en nuestras terrazas de valle, en nuestros bares no nuestros, pero en palabra poseídos. Los hilos han ido entrecruzando nuevas melodías mientras que la diatriba permanece en el “mundo real”.

Nos abrazamos y nos reconocemos en un origen que de sí mismo y por fuerza se desprende.

En esa atmósfera que trasciende la presencia, los recibimos de vuelta, afectos caníbales. Cada etapa tendrá nuevos visitantes, aunque seamos los mismos en cuerpo. La gratitud a quien ha poblado sus espacios con algún retazo de nuestras páginas, que se mida solo por la dimensión de la metamorfosis en la que nos vienen acompañando.

Salud y provecho.

Débora Ochoa Pastrán
Fundadora de Canibalismos

